

Marcel Proust

Los placeres y los días

Traducción de Consuelo Berges



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les Plaisirs et les Jours*

Primera edición: 1975

Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Otto Wegener. *Retrato de Marcel Proust* (fotografía ca. 1895, detalle)

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1975, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-304-0

Depósito legal: 26.452-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 A mi amigo Willie Heath
- 17 La muerte de Baldassare Silvande
- 17 I.
- 25 II.
- 28 III.
- 35 IV.
- 38 V.
- 43 Violante o la mundanidad
- 43 I. Infancia meditativa de Violante
- 44 II. Sensualidad
- 48 III. Cuitas de amor
- 49 IV. La mundanidad
- 55 Fragmentos de comedia italiana
- 55 I. Las amantes de Fabrice
- 56 II. Las amigas de la condesa Myrto
- 57 III. Heldémone, Aldegise, Ercole
- 58 IV. El inconstante
- 59 V.
- 59 VI. Ceras perdidas
- 61 VII. Snobs
- 65 VIII. Oranthe
- 66 IX. Contra la franqueza
- 67 X.
- 68 XI. Escena de teatro

72	XII.	Abanico
75	XIII.	Olivian
76	XIV.	Personajes de la comedia mundana
81		Mundanidad y melomanía de Bouvard y Pécuchet
81	I.	Mundanidad
89	II.	Melomanía
93		Melancólicas vacaciones de madame de Breyves
93	I.	
94	II.	
97	III.	
100	IV.	
106	V.	
111		Retratos de pintores y de músicos
111		Cuyp
112		Potter
112		Watteau
113		Van Dyck
114		Chopin
114		Gluck
115		Schumann
116		Mozart
118		Confesión de una muchacha
118	I.	
122	II.	
125	III.	
128	IV.	
133		Una invitación a comer
133	I.	
141	II.	Después de cenar

143	Las añoranzas, sueños color del tiempo
143	I. Tuileries
144	II. Versailles
146	III. Paseo
148	IV. Familia escuchando música
151	V.
152	VI.
154	VII.
157	VIII. Reliquias
159	IX. Sonata claro de luna
163	X. Manantial de las lágrimas que están en los amores pasados
164	XI. Amistad
165	XII. Efímera eficacia del dolor
166	XIII. Elogio de la mala música
168	XIV. Encuentro a la orilla del lago
170	XV.
171	XVI. El forastero
173	XVII. Sueño
177	XVIII. Cuadros de género del recuerdo
178	XIX. Viento de mar en el campo
179	XX. Las perlas
180	XXI. Las riberas del olvido
182	XXII. Presencia real
186	XXIII. Puesta de sol interior
187	XXIV. Como a la luz de la luna
188	XXV. Crítica de la esperanza a la luz del amor
191	XXVI. En el bosque
192	XXVII. Los castaños
193	XXVIII. El mar

195	XXIX.	Marina
196	XXX.	Velas en el puerto
197	El final de los celos	
197	I.	
204	II.	
210	III.	

A mi amigo Willie Heath
Muerto en París el 3 de octubre de 1893

Desde el seno de Dios donde descansas...
revélame esas verdades que dominan la
muerte, impiden temerla y casi hacen
amarla.

Los antiguos griegos llevaban a sus muertos pasteles, leche y vino. Nosotros, seducidos por una ilusión más refinada, ya que no más cuerda, les ofrecemos flores y libros. Si yo te ofrezco éste, lo hago en primer lugar porque es un libro con estampas. A pesar de las «leyendas», será, si no leído, al menos mirado por todos los admiradores de la gran artista que me ha hecho con sencillez este regalo magnífico, de la que se podría decir, con las palabras de Dumas, «que, después de Dios, es ella

quien ha creado más rosas». También Robert de Montesquiou la ha celebrado, en unos versos inéditos aún, con esa ingeniosa gravedad, esa elocuencia sentenciosa y sutil, ese orden riguroso que en él recuerdan a veces el siglo XVII. Hablando de las flores, le dice:

Poser pour vos pinceaux les engage à fleurir.

.....
*Vous êtes leur Vigée et vous êtes la Flore
Qui les immortalise, où l'autre fait mourir!¹.*

Sus admiradores son una minoría selecta y son una multitud. He querido que vean en la primera página el nombre del que no han tenido tiempo de conocer y al que habrían admirado. Yo mismo, querido amigo, sí te conocí, pero muy poco tiempo. Solía encontrarte por la mañana en el Bois; me habías visto y me esperabas bajo los árboles, de pie, pero descansado, parecido a uno de esos señores que pintó Van Dyck y con la misma elegancia pensativa de ellos. Pues su elegancia, así como la tuya, está, más que en el atavío, en el cuerpo, y su cuerpo mismo parece haberla recibido y seguir recibéndola continuamente de su alma: es una elegancia moral. Por otra parte, todo contribuía a acentuar con melancólica semejanza, hasta ese fondo de follaje a cuya sombra detuvo con frecuencia Van Dyck el paseo de un rey; como

1. A florecer las llaman tus pinceles.

.....
¡Tú eres su Vigée y eres su Flora
que las inmortaliza, allí do el otro mata!

tantos de ellos que fueron sus modelos, tú ibas a morir pronto y en tus ojos como en los de ellos alternaban las sombras del presentimiento y la dulce luz de la resignación. Pero si bien la gracia de tu orgullo entraba por derecho propio en el arte de un Van Dyck, por la misteriosa intensidad de tu vida espiritual corresponde más bien a Vinci. Muchas veces, con el dedo levantado, con los ojos impenetrables y sonrientes frente al enigma que callabas, te me aparecías como el San Juan Bautista de Leonardo. Entonces concebíamos el sueño, casi el proyecto de vivir cada vez más uno con otro, en un círculo de mujeres y de hombres magnánimos y elegidos, lo bastante lejos de la estupidez, del vicio y de la maldad para sentirnos al abrigo de sus flechas vulgares.

Tu vida, tal como tú la querías, sería una de esas obras que requieren una elevada inspiración. Podemos recibirla, como de la fe y del genio, del amor. Pero era la muerte quien te la iba a dar. También en ella y hasta en sus intermediaciones residen unas fuerzas ocultas, unos favores secretos, una «gracia» que no hay en la vida. Como los amantes cuando empiezan a amar, como los poetas cuando cantan, los enfermos se sienten más cerca de su alma. La vida es cosa dura que aprieta demasiado cerca, que nos duele siempre en el alma. Si por un momento sentimos aflojarse sus ligaduras, podemos sentir clarividentes delicias. Cuando yo era niño, no me parecía la suerte de ningún personaje de la historia sagrada tan desdichada como la de Noé, por el diluvio que le tuvo encerrado en el arca durante cuarenta días. Posteriormente estuve enfermo a menudo y tuve que permanecer yo también largos días en el «arca». Entonces comprendí que nunca

pudo Noé ver el mundo tan bien como desde el arca, a pesar de que estuviera cerrada y fuera de noche en la tierra. Cuando se inició mi convalecencia, mi madre, que no me había dejado ni aun por la noche, «abrió la puerta del arca» y salió. Pero, como la paloma, «volvió también aquella noche». Después sané del todo y, como la paloma, «no volvió más». Hubo que empezar de nuevo a vivir, desentenderse de uno mismo, oír palabras más duras que las de mi madre; más aún, las suyas, siempre tan dulces hasta entonces, ya no eran las mismas, sino que estaban impregnadas de la severidad de la vida y del deber que tenía que enseñarme. Dulce paloma del diluvio, ¿cómo pensar al verte partir que el patriarca no sintiera cierto tinte de tristeza en la alegría del mundo renaciente? Dulzura de la suspensión de vivir, de la verdadera «tregua de Dios» que interrumpió los trabajos, los deseos malignos. «Gracia» de la enfermedad que nos acerca a las realidades del más allá de la muerte, y sus gracias también, gracias de «esos vanos ornamentos y esos velos que pesan», de los cabellos que una mano importuna «se ha cuidado de juntar», suaves fidelidades de una madre y de un amigo que tan a menudo se nos aparecieron como el rostro mismo de nuestra tristeza o como el gesto de la protección implorada por nuestra debilidad y que se detendrán en el umbral de la convalecencia, muchas veces sufrí por sentirlos tan lejos de mí, a todas vosotras, descendencia desterrada de la paloma del arca. Y hasta ¿quién no ha conocido momentos de esos, querido Willie, en los que quisiera estar donde estás tú? Asumimos tantas obligaciones con la vida que llega una hora en que, perdida la esperanza de poder nunca cumplirlas to-

das, nos inclinamos hacia las tumbas, llamamos a la muerte, «la muerte que acude en ayuda a los destinos difíciles de cumplir». Pero si nos exime de las obligaciones que hemos asumido ante la vida, no puede eximirnos de las que hemos asumido nosotros mismos, y sobre todo de la primera, que es vivir para valer y merecer.

Más grave que ninguno de nosotros, eras también más niño que ninguno, no sólo por la pureza del corazón, sino por una alegría cándida y deliciosa. Charles de Grancey tenía el don, que yo le envidiaba, de poder provocar bruscamente, con recuerdos de colegio, aquella risa que no dormía nunca mucho tiempo, y que ya no volveremos a oír.

Algunas de estas páginas se escribieron a los veintitrés años, pero otras muchas («Violante», casi todos los «Fragmentos de comedia italiana», etc.) datan de mis veinte años. Todas ellas no son más que la varia espuma de una vida agitada, pero que ahora se calma. Ojalá llegue a ser un día lo bastante límpida para que las musas se dignen mirarse en ella y se vea correr en la superficie el reflejo de sus sonrisas y de sus danzas.

Te regalo este libro. Eres, por desgracia, el único de mis amigos del que no tengo que temer las críticas. Tengo al menos la confianza de que en ninguna parte de este libro te habría chocado la libertad de tono. Nunca he pintado la inmoralidad sino en seres de una conciencia delicada. Por eso, demasiado débiles para querer el bien, demasiado nobles para gozar plenamente en el mal, como no conocen más que el sufrimiento, no he podido hablar de ellos más que con una piedad demasiado sincera para que no purificara estos pequeños ensayos. Que

el amigo verdadero, el maestro ilustre y querido que le han prestado, el uno la poesía de su música, el otro la música de su incomparable poesía, que también monsieur Darlu, el gran filósofo cuya palabra inspirada, de más segura duración que un escrito, ha engendrado en mí, como en tantos otros, el pensamiento, me perdonen el haber reservado para ti esta última prenda de afecto, recordando que ningún ser viviente, por grande o por querido que sea, no debe ser honrado sino después de un muerto.

Julio, 1894

La muerte de Baldassare Silvande Vizconde de Sylvanie

I

Apolo guardaba los rebaños de Admeto, dicen los poetas; todo hombre es también un dios disfrazado que hace de loco.

EMERSON

–Monsieur Alexis, no llore, no llore así, quizá el señor vizconde de Sylvanie le regale un caballo.

–¿Un caballo grande, Beppo, o un poney?

–Quizá un caballo grande como el de monsieur Cardenio. ¡Pero no llore así... el día que cumple trece años!

Por la esperanza de que le regalaran un caballo y el recuerdo de que tenía trece años, a Alexis le brillaron los ojos a través de las lágrimas. Pero no estaba consolado porque tenía que ir a ver a su tío Baldassare Silvande,

vizconde de Sylvania. Cierta que, desde el día en que oyó decir que la enfermedad de su tío era incurable, Alexis le había visto varias veces. Pero desde entonces todo había cambiado mucho. Baldassare se había dado cuenta de su enfermedad y ahora sabía que tenía a lo sumo tres años de vida. Alexis, además de no comprender cómo esta certidumbre no había matado de pena o vuelto loco a su tío, se sentía incapaz de soportar el dolor de verle. Convencido de que iba a hablarle de su fin próximo, no se creía con valor, no sólo para consolarle, sino ni siquiera para contener las lágrimas. Siempre había adorado a su tío, el más alto, el más guapo, el más joven, el más animado, el más cariñoso de sus parientes. Le gustaban sus ojos grises, su bigote rubio, sus rodillas, lugar profundo y dulce de placer y de refugio cuando él era más pequeño, y que entonces le parecían inaccesibles como una ciudadela, divertidos como caballos de madera y más inviolables que un templo. Alexis, a quien no le gustaba nada el atuendo oscuro y severo de su padre y soñaba con un día futuro en el que él, siempre a caballo, sería elegante como una dama y espléndido como un rey, reconocía en Baldassare el más alto ideal que él se formaba de un hombre; sabía que su tío era guapo, que él se le parecía, sabía también que era inteligente, generoso, que tenía tanto poder como un obispo o un general. A decir verdad, las críticas de su familia le habían enseñado que el vizconde tenía defectos. Hasta recordaba la violencia de su cólera el día en que su primo Jean Galeas se burló de él, hasta qué punto el brillo de sus ojos reveló el regodeo de su vanidad cuando el duque de Parma mandó a ofrecerle la mano de su hermana (entonces, tratando de disi-

mular su alegría, había apretado los dientes y hecho una mueca que le era habitual y que desagradaba a Alexis) y el tono despectivo con que hablaba a Lucretia, que alardeaba de no gustarle la música.

Sus padres aludían con frecuencia a otros actos de su tío que Alexis ignoraba, pero que él oía censurar vivamente.

Mas todos los defectos de Baldassare, su gesto vulgar, habían desaparecido sin duda. Cuando su tío supo que quizá a los dos años habría muerto, las burlas de Jean Galeas, la amistad del duque de Parma y su propia música debieron de tornársele muy indiferentes. Ahora Alexis le imaginaba no menos guapo, pero solemne y más perfecto aún que antes. Sí, solemne y ya no enteramente de este mundo. Por eso a su desesperación se unía un poco de inquietud y de miedo.

Los caballos llevaban ya mucho tiempo enganchados, había que ponerse en camino; subió al coche y luego se apeó para ir a pedir un último consejo a su preceptor. En el momento de hablar, se azoró mucho:

–Monsieur Legrand, ¿qué es preferible, que mi tío crea o que no crea que yo sé que se va a morir?

–¡Que no lo crea, Alexis!

–Pero ¿si me habla de ello?

–No te hablará.

–¿No me hablará? –dijo Alexis extrañado, pues era la única alternativa que él no había previsto: cada vez que se ponía a imaginar su visita a su tío, le oía hablarle de la muerte con la dulzura de un sacerdote.

–Pero bueno, ¿y si me habla?

–Dile que se equivoca.

—¿Y si lloro?

—Ya has llorado mucho esta mañana, no llorarás en su casa.

—¡No lloraré! —exclamó Alexis muy atribulado—, pero creerá que no me da pena, que no le quiero... ¡mi tío!

Y rompió a llorar. Su madre, cansada de esperar, fue a buscarle. Salieron.

Cuando Alexis dejó su abrigo en manos de un criado de librea verde y blanca, con las armas de Sylvania, que estaba en el vestíbulo, se detuvo un momento con su madre a escuchar una música de violín que venía de una habitación contigua. Luego los condujeron a una inmensa estancia circular, toda de cristales, en la que el vizconde solía estar. Al entrar se veía enfrente el mar, y, volviendo la cabeza, prados, pastos y bosques; al fondo de la estancia había dos gatos, rosas, amapolas y muchos instrumentos de música. Esperaron un momento.

Alexis se precipitó hacia su madre; ésta creyó que quería besarla, pero le preguntó muy bajo, con la boca pegada a su oído:

—¿Cuántos años tiene mi tío?

—Cumplirá treinta y seis en el mes de junio.

Quiso preguntar: «¿Crees que llegará a cumplir treinta y seis años?», pero no se atrevió.

Se abrió una puerta, Alexis tembló, un criado dijo:

—El señor vizconde viene en seguida.

El criado volvió al momento conduciendo dos pavos reales y un cabritillo que el vizconde llevaba siempre con él. Después oyeron pasos otra vez y se volvió a abrir la puerta.

«No es nada —se dijo Alexis con el corazón sobresaltado cada vez que oía ruido—, seguramente es un criado, sí,

probablemente un criado.» Pero al mismo tiempo oía una voz dulce:

–Buenos días, querido Alexis, felicidades.

Y su tío, al besarle, le dio miedo. Seguramente el tío lo notó y, sin ocuparse más de él, para darle tiempo a rehacerse, se puso a hablar alegremente con la madre de Alexis, su cuñada, que, desde la muerte de su madre, era el ser a quien más quería en el mundo.

Ahora, Alexis, tranquilizado, no sentía ya más que una inmensa ternura por aquel joven tan encantador, apenas más pálido, heroico hasta el punto de simular alegría en aquellos minutos trágicos. Habría querido abrazarle y no se atrevía, por miedo a quebrantar la energía de su tío, que ya no podría dominarse. Sobre todo la mirada triste y dulce del vizconde le daba ganas de llorar. Alexis sabía que sus ojos habían sido siempre tristes y, hasta en los momentos más felices, parecían implorar un consuelo para males que él no parecía sentir. Pero, en este momento, creyó que la tristeza de su tío, valerosamente desterrada de su conversación, se había refugiado en sus ojos, lo único en toda su persona que era entonces sincero con sus mejillas enflaquecidas.

–Ya sé que te gustaría conducir un coche de dos caballos, Alexis –dijo Baldassare–; mañana te llevarán un caballo. El año que viene completaré el tronco y dentro de dos años te regalaré el coche. Pero quizá este año podrás por lo menos montar el caballo. Probaremos a mi vuelta. Pues decididamente me voy mañana –añadió–, pero no por mucho tiempo. Volveré antes de un mes e iremos juntos a ver, en la función de tarde, ya sabes, la comedia a que te prometí llevarte.

Alexis sabía que su tío iba a pasar una semana en casa de un amigo suyo, y sabía también que todavía le permitían ir al teatro; pero, tan penetrado como estaba de aquella idea de la muerte que tan profundamente le había impresionado antes de ir a casa de su tío, sus palabras le causaron una extraña impresión, dolorosa y profunda.

«No iré –se dijo–. ¡Cuánto sufriría mi tío oyendo las payasadas de los actores y las risas del público!»

–¿Qué es esa bonita música de violín que oímos al entrar? –preguntó la madre de Alexis.

–¡Ah!, ¿os ha gustado? –dijo Baldassare con viveza y expresión de alegría. Es la romanza de que os había hablado.

«¿Estará fingiendo? –se preguntó Alexis–. ¿Cómo es posible que su música pueda aún darle alegría?»

En este momento, el semblante del vizconde tomó una expresión de profundo dolor; palidieron sus mejillas, frunció los labios y las cejas, se le llenaron de lágrimas los ojos.

«¡Dios mío –exclamó para sí mismo Alexis–, este papel es superior a mis fuerzas! ¡Pobre tío! Pero también ¿por qué teme tanto apenarnos? ¿Por qué se esfuerza tanto por dominarse?»

Mas los dolores de la parálisis general que a veces comprimían a Baldassare como en un corsé de hierro hasta dejarle en el cuerpo marcas de golpes, y tan aguda que acababa de contraerle a pesar suyo el rostro, se habían disipado.

Volvió a charlar con buen humor, después de secarse los ojos.

—¿Me parece que el duque de Parma está menos amable contigo desde hace algún tiempo? —preguntó torpemente la madre de Alexis.

—¡El duque de Parma —exclamó furioso Baldassare—, el duque de Parma menos amable! Pero qué ocurrencia, querida mía. Esta mañana, sin ir más lejos, me ha escrito poniendo a mi disposición su castillo de Iliria si el aire de las montañas podía hacerme bien.

Se levantó vivamente, pero en el mismo momento despertó su dolor atroz y tuvo que detenerse un instante; apenas calmado, llamó:

—Deme la carta que está junto a mi cama.

Y leyó con viveza:

«Querido Baldassare:

Me contraría mucho no verle, etc.».

A medida que se iba extendiendo la amabilidad del príncipe, el rostro de Baldassare se serenaba, brillaba de una feliz confianza. De pronto, seguramente por disimular una alegría que no consideraba demasiado elevada, apretó los dientes e hizo la muequecita vulgar que Alexis había creído desterrada para siempre de su faz pacificada por la muerte.

Esta muequecita, cerrando como antes la boca de Baldassare, le abrió los ojos a Alexis, que, desde que estaba junto a su tío, había creído, había querido contemplar el rostro de un moribundo apartado para siempre de las realidades vulgares y en el que ya no podía flotar más que una sonrisa heroicamente contenida, tristemente tierna, celestial y desencantada. Ahora ya no dudó que Jean Galeas,

gastándole bromas a su tío, le habría encolerizado como antes, que en la alegría del enfermo, en su deseo de ir al teatro, no había ni disimulo ni valor, y que Baldassare, llegado ya tan cerca de la muerte, seguía no pensando más que en la vida.

Al volver a casa, a Alexis le asaltó vivamente la idea de que también él moriría un día, y que así como él tenía aún por delante mucho más tiempo que su tío, el viejo jardinero de Baldassare y su prima, la duquesa de Alériouvre, seguramente no le sobrevivirían mucho tiempo. Sin embargo Rocco, lo bastante rico para retirarse, seguía trabajando sin parar para ganar más dinero aún, y procuraba obtener un premio para sus rosas. La duquesa, a pesar de sus setenta años, tenía buen cuidado de teñirse y pagaba en los periódicos artículos donde se celebraba la juventud de sus andares, la elegancia de sus recepciones, los refinamientos de su mesa y de su ingenio.

Estos ejemplos no disminuyeron el asombro en que la actitud de su tío había sumido a Alexis, pero le inspiraban uno semejante que, avanzando poco a poco, se fue extendiendo como una inmensa estupefacción sobre el escándalo universal de aquellas existencias, sin exceptuar la suya, marchando a la muerte volviéndose hacia atrás, mirando a la vida.

Decidido a no imitar una aberración tan chocante, resolvió, a imitación de los antiguos profetas cuya gloria le habían enseñado, retirarse al desierto con algunos amiguitos, y así se lo comunicó a sus padres.

Afortunadamente, la vida, más poderosa que sus burlas; la vida, cuya leche fortificante y dulce no había él agotado todavía, le ofreció su seno para disuadirle. Y

volvió a beber en ella con una avidez gozosa cuyas quejas escuchaba su imaginación crédula y poderosa, compen-sando magníficamente sus sinsabores.

II

La chair est triste, hélas...

STÉPHANE MALLARMÉ

Al día siguiente de la visita de Alexis, el vizconde de Sylvanie se trasladó al castillo vecino, en el que iba a pasar tres o cuatro semanas y donde la presencia de numerosos invitados podía distraer la tristeza que solía sentir después de la crisis.

No tardaron en resumirse para él todos los placeres en la compañía de una joven que se los duplicaba compartiéndolos. Creyó sentir que le amaba, pero sin embargo guardó cierta reserva con ella: la sabía absolutamente pura, y, además, esperando impaciente la llegada de su marido; por otra parte no estaba seguro de amarla de verdad y sentía vagamente el pecado que sería inducir-la a obrar mal. En cuanto al momento en que sus relaciones dejaron de ser lo que eran, jamás pudo recordarlo. Ahora, como en virtud de un convenio tácito y cuya época no podía determinar, le besaba las muñecas y le pasaba la mano en torno al cuello. Ella parecía tan contenta que una noche él llegó a más: empezó por besarla, después la acarició largamente y tornó a besarla en los ojos, en la cara, en los labios, en el cuello, en